

Páginas rescatadas

A cargo de Jorge Domingo Cuadriello

El dilema

Por LUIS AGUILAR LEÓN

Todo cubano honesto que lleve a cuesta su carga de preocupaciones patrias, que sienta y vibre con las esperanzas y los riesgos de la hora presente, que quiera conservar su entusiasmo férvido, pero limpio de fanatismo, se siente atrapado en las fauces de un inesperado dilema. Por un lado, como un torrente de energía, la Revolución despliega sus conquistas y sus planes, sus sueños de justicia y su voluntad reivindicadora, y su glorioso impacto alza en el alma un cimbreante y ascendente amor a Cuba y una leal y sincera voluntad de servicio.

Por otro lado, están los inevitables aspectos negativos de todo movimiento, los excesos, los desvíos, los errores de táctica que pueden comprometer la magna obra, y siéntese uno tentado a elevar la voz modesta y serena para advertir o discrepar o disentir. ¡Ah, pero resulta, se nos dice, que advertir un error de la Revolución significa hacerle el juego a la sombría legión de los condenados que dentro y fuera rumian su siniestra voluntad de venganza; pero es que discrepar en algún punto implica unirse a las huestes de los eternos pancistas que, por defender sórdidos intereses, se oponen a las leyes revolucionarias; pero

es que disentir conlleva el debilitarnos frente al vecino norteño, cuyo pico imperialista más de una vez se ha hundido profundamente en las carnes de Hispanoamérica!...

¿Y quién, que conserve un átomo de hombría, de bien o de patriotismo, no retrocede ante esta pavorosa encrucijada para no prestar ni la sombra de un apoyo a los que usurparon el poder llenos de ambición, lo abandonaron rebosando crímenes, y rondan el país ahogados de resentimientos? ¿Quién quiere que confundan su honestidad en la crítica con las turbias voces que censuran para mantener situaciones de lacerante injusticia? ¿Quién desea debilitar nuestra soberanía y no ofrecer su pleno apoyo a la dignidad nacional, restablecida al fin en toda su entereza? Si tales son los términos del dilema, la actitud a asumirse no ofrece duda:

hay que ahogar los consejos y cumplir en silencio la misión ciudadana.

Pero apenas se examina la cuestión un poco más pausadamente, se advierte que no hay tal dilema o, al menos, que no son tan tajantes sus términos. Comenzamos a superar la cuestión si nos alzamos sobre el espinoso acontecer cotidiano hacia una mejor perspectiva histórica. Comprendemos entonces que los gobiernos y los movimientos políticos no son más que etapas en la historia de los pueblos. Pasan los hombres y queda la Nación. Y es esa entidad supraindividual, rejuvenecida siempre por la afluencia de nuevas generaciones, la que mide en definitiva el hacer de los hombres y de los gobiernos de acuerdo con el beneficio final que le hayan aportado a la colectividad.

Alguna vez, en tensos momentos de historia, un hombre o un movimiento

parecen encarnar las más caras ambiciones patrias, y entonces hierven y se disparan en torno a ellos todos los fervores nacionales. Pero aun en tales minutos de supremas entregas, el motor esencial de los entusiasmos es la convicción colectiva de que la actuación de tales individuos o partidos ha de marcar un alza tremenda en la vida nacional. De ahí la enorme responsabilidad de todo poder y lo alerta que han de estar los gobernantes para no caer en espejismos. La popularidad embriagadora, el apoyo masivo de los ciudadanos, no son nunca concesiones irrevocables del pueblo, son préstamos otorgados a la soberana confianza despertada por una egregia personalidad; préstamos que exigen altos intereses en mejoras concretas y positivas para que no se tornen espuma evanescente. Y si, pues, lo radical y trascendente es siempre y ante

Alguna vez hemos de empezar en Cuba a sanear la atmósfera discutiendo los argumentos y no a los argumentadores, valorando las tesis sin menoscabar a los expositores, analizando el deber de opinar para poder opinar debidamente.

...tórñase claro deber de todo ciudadano tanto el aplaudir, alentar y apoyar todo gesto o acción que a su juicio luzca certero y preñado de fecundas consecuencias sociales, como el rectificar o encauzar aquellos desplazamientos de energía que le parezcan como errados o peligrosos para la obra común.

todo el interés nacional, si la última balanza de juicio es el bienestar permanente de la colectividad, entonces el dilema mencionado se reduce a términos superables.

Teniendo presente el trasfondo de valores nacionales hacia donde deben dirigirse los esfuerzos de toda política, tórñase claro deber de todo ciudadano tanto el aplaudir, alentar y apoyar todo gesto o acción que a su juicio luzca certero y preñado de fecundas consecuencias sociales, como el rectificar o encauzar aquellos desplazamientos de energía que le parezcan como errados o peligrosos para la obra común.

Nada hay más fácil, en momentos desbordantes, que renunciar al propio discernimiento y dejarse llevar por la pasión para aplaudirlo todo o criticarlo todo, de acuerdo con lo que demanda el airado sentimiento personal; creo más útil, sin embargo, el tratar de ser justos en el aplauso y en la crítica para lanzar ambos sin reserva cada vez que en el

horizonte patrio asome una intención beneficiosa o perjudicial. En el fondo, como siempre, los extremos llegan a tocarse; tan antipatriótico y contrarrevolucionario resulta el oponerse a una medida buena porque nos perjudica, como el aplaudir una medida mala porque nos conviene el aplauso.

En última instancia, lo decisivo es la honestidad para con uno mismo, el emplazar el juicio sobre lo mejor que tenga uno de buena fe, para tratar de sumar certeramente el empujón personal al esfuerzo masivo de toda la nación. “Lo que necesita esta sociedad nuestra, enferma de miedo –decía Varona-, es una buena infusión de sinceridad que la tonifique”. Y, a pesar del indudable despejamiento del panorama cubano traído por la Revolución, en lo esencial sigue siendo válido el consejo. Véase, si no, esos insólitos dignatarios que nos han brotado, que jamás se preocuparon un ápice por el bienestar del pueblo, y que ahora cubren su lastimado

peculio bajo la armadura de paladines del interés de los pequeños, o algún que otro radical de vidrio aspirante al primer plano, tanto más tenaz en la vociferación y en el ataque cuanto más frágil su historial revolucionario.

Frente a unos y a otros, por encima del dilema aparente que va del aplauso perenne y sin reservas a la conjura tenebrosa y malsana, es preciso enhestar el propio deber hacia la Nación. Unidos, sí, férreamente unidos contra el zarpazo batistiano o la injerencia extranjera, venga de donde viniere, pero unidos sin uniformidad obligatoria, unidos por convicción y no por presión del ambiente, unidos en las raíces, pero dejando que cada rama despliegue en el aire su propia dirección, tratando de salvar siempre la independencia del juicio sincero, el derecho a la crítica honesta, el respeto a la persona del discrepante.

Alguna vez hemos de empezar en Cuba a sanear la atmósfera discutiendo los argumentos y no a los argu-

mentadores, valorando las tesis sin menoscabar a los expositores, analizando el deber de opinar para poder opinar debidamente. Cuando pasen los años y estas fragorosas olas de nuestra actualidad hayan descargado ya todo su vigor contra las playas del tiempo, y sólo queden flotando en el mar nacional las reales y positivas conquistas que se hayan alcanzado, entonces se verá cómo el último juicio de la Historia, por encima de sectores y partidos, clasificará en definitiva a los hombres que vivieron esta historia en sólo dos grandes grupos: aquellos que le hicieron bien a la Nación y aquellos que le hicieron daño. Y eso es lo permanente. Todo lo demás es transitorio.



Luis Aguilar León (Manzanillo, 1925–Miami, 2008). Ensayista, periodista y profesor universitario. Graduado de Doctor en Derecho en la Universidad de La Habana en 1949 y a continuación de Doctor en Filosofía en la Universidad de Madrid. Ejerció la abogacía y el magisterio y, tras el triunfo de la Revolución, fue director del programa radial *La Universidad del Aire* e integró el Consejo de Redacción de la *Nueva Revista Cubana*. En desacuerdo con la radicalización del proceso revolucionario, a mediados del año 1960 marchó a Estados Unidos, donde fue profesor, sucesivamente, de las universidades de Columbia, Cornell y Georgetown. Entre sus libros se encuentran *Pasado y ambiente en el proceso cubano* (1957), *Cuba: conciencia y revolución* (EEUU, 1972) y *Reflexiones sobre Cuba y su futuro* (EEUU, 1992). El presente artículo lo hemos tomado del diario *Prensa Libre*. Año XIX, Nro. 3232. La Habana, 27 de junio de 1959. p. 14.